

Un pacto de amistad

ENRIQUE FERRER-CORREDOR

Narrador, ensayista, profesor de la Universidad Central, egresado del TEUC.

Un homenaje al amigo, al poeta,
Gonzalo Márquez Cristo

No había cita: la búsqueda nos encontraba.

Éramos tres muchachos, Ómar, Gonzalo y Enrique, arrojados por el bachillerato en 1982 a un mar de dudas en la Universidad Nacional. Los tiempos rebeldes de aquella década nos matricularon en economía, pero las preguntas de la piel nos ocuparon en el cine, la poesía y la filosofía. Hacíamos la tarea, pero cada tarde nos tragábamos enteras las hojas de novelas para calmar el hambre. No teníamos Google y tampoco teníamos miedo: por eso jugábamos a la ruleta para robar libros esenciales. Era el tiempo en que las novelas rotaban antes de la ronda de cerveza obligada y en el que decidimos fundar una patria: la revista *Común Presencia*.

La economía nos congregaba con los horarios pactados, pero la poesía nos extraviaba en las cafeterías de la universidad o rasgando el dinero con cerveza en algún

rincón. El intercambio de heridas no cesaba; era como una apuesta sobre la mesa: Kafka, Pessoa Nietzsche, Durrell, Kavafis, Juarroz, Kundera, el infaltable Borges, el siempre cómplice Cortázar circulaban como cartas de baraja en cada ronda. Y luego el cine: Buñuel, Fellini, Bergman... Claro, a veces la economía nos obligaba al encuentro, la historia económica, los neoclásicos, el obligado Marx, el cálculo diferencial. Retuvimos a Gonzalo mucho tiempo ayudándolo a aprobar materias, pero luego se enojaba y decía: “No los autorizo, ahora debo volver otro semestre”. Y estallaba en risa. Hasta que vino el pacto: nos retiramos de todo y nos encerramos a leer y a escribir.

Recuerdo ese día exacto. Ya nos conocíamos en la facultad, pero sólo nos reconocimos en una fila de cine en La Casita para ver a Fassbinder. Gonzalo dijo: “Hermano, menos mal ya viene la noche, porque a las 12, a plena luz del sol, uno no puede ver a Fassbinder porque acaba con el día” (muchos cineclubes rodaban a las 11 de



la mañana cine alternativo, arrimado en los teatros como antesala de las funciones comerciales). Un día, un amigo que no me encontraba hacía tiempo le preguntó a Gonzalo cómo localizarme. Y Gonzalo le dijo: “Espera que pasen a Fassbinder, vas y lo encuentras”.

Muy pronto en la madrugada de la vida, Sandra nos dejó. Luego, sin embargo, otros cómplices se sumaron a la aventura: Yirama, Amparo, Iván... Con los años, otros más nutrieron la cofradía. Amparo fue una capitana crucial para el timón del barco. Después, otros nombres comunes a las dos orillas labraron las horas: Álex, Germán, Sandra, Marisol, Gabriel, Álix, Maribel...

Fueron muchos años de hermandad y, como buenos hermanos, algunas veces el juego nos separaba. Pero el amor surgía en cada retorno: habían sido muchas las horas labradas con sangre. Esa apuesta de tirarlo todo y escribir nunca tuvo lamentos. Gonzalo: logramos hacernos lenguaje, hicimos nuestra afirmación de vida. Hermano, no sabe nadie el peso lanzado al mar para aligerar la carga; nadie sabe tampoco que jamás encontramos tierra, porque no estábamos extraviados como Colón, no buscábamos las rutas del comercio. Pronto confirmamos nuestra isla desconocida y entonces quedamos a la deriva en un cielo azul sin fronteras, con la única certeza de que, si remábamos hasta agotarnos, nuestros ojos de agua aprenderían a leer las estrellas.

Hoy he caminado entre los árboles de la Nacho, he visto un cigarrillo sosteniendo el rostro de Ómar, he escuchado el estruendo de su risa eterna, Gonzalo. Hoy la huida no ha venido a encerrarnos en la celda; hoy aprecio el sonido del verde, el cuerpo del viento, la tranquilidad del pan hecho con mis manos; a veces un rostro de mujer me recuerda el mío. He comprendido que en

esa confusión general de nuestra juventud no había cita, que la búsqueda nos encontraba. He comprendido que el horizonte está en la pregunta y que usted, Gonzalo, compañero de viaje, nutre con sus dudas mis preguntas. He reflexionado mucho sobre este primer día sin nuestro capitán. Hay un libro en un estante cuyas hojas no volverán a ser leídas por nuestro hermano; habrá muchas manos abriendo cada día sus libros, Gonzalo. Esa presencia común ha forjado nuestra mirada, es imposible no escuchar ahora el estruendo de su risa; su cuerpo ya no evita las horas gastadas de nuestro lenguaje.

Hoy soy profesor en la facultad que vio nuestro nacimiento, he vuelto a caminar por los mismos pasillos donde la complicidad de la fuga nos congregaba. Fueron muchos años para descubrir el verdadero lado de los barrotes en la cárcel, fueron muchos años para saber que nadie aprende en libertad. Entro al aula, miro los rostros de mis estudiantes, los veo desde donde yo miraba a mis profesores, puedo sentir las dos orillas, el tiempo es simultáneo, escucho mi voz, escucho a mis maestros y, como siempre, converso con Gonzalo y con Ómar. Y como siempre, la complicidad nos es cara. Ya me aprestaba a preparar la huida, pero hoy la puerta está abierta y he perdido la ruta de la cofradía de los mercenarios. Mis manos se mueven obedientes a la memoria, la teoría es experiencia acumulada, palabra usada. Hago mi trabajo, comparto mi destreza para lidiar con el río, cada cuerpo hará su trabajo para alcanzar la orilla. Es bello saberme casi fundido con el agua, es bello saber que he aprendido a escucharme. Y hoy, en esta ceremonia para Gonzalo, vienen a mi memoria las palabras de un amigo, Armodio, que siempre remataba: “Tal vez no era más”.

Un abrazo, hermano Gonzalo,

Enrique 